

La corrupción impide acabar con la esclavitud sexual en el sudeste asiático Denuncias de las organizaciones de derechos humanos implicadas BANGKOK, 23 agosto 2002 (ZENIT.org).- La lucha contra la esclavitud sexual en el sureste asiático, donde cada año unas 200.000 mujeres se convierten en nueva mercancía, sigue estrellándose contra el muro de la corrupción y la multimillonaria industria de la prostitución, denuncian organizaciones de derechos humanos. Varios mile...

Denuncias de las organizaciones de derechos humanos implicadas

BANGKOK, 23 agosto 2002 (ZENIT.org)

1.- La lucha contra la esclavitud sexual en el sureste asiático, donde cada año unas 200.000 mujeres se convierten en nueva mercancía, sigue estrellándose contra el muro de la corrupción y la multimillonaria industria de la prostitución, denuncian organizaciones de derechos humanos.

Varias miles de mujeres, muchas aún adolescentes, son vendidas en Camboya por sus propias familias, a veces incluso de sí mismas y otras por poderosos e ignorancia, y caídas en redes, la víctima es explotada, torturada y obligada a mantener relaciones sexuales.

Los activistas de las organizaciones involucradas en la batalla contra la esclavitud sexual saben el precio en dólares que los funcionarios y policías que en la seguridad de la noche tocan a la puerta para garantizar la impunidad del otro.

Esta corrupción corrompe todo: la policía, militares y funcionarios están involucrados en la prostitución, denunció a la Agencia EFE Pierre Legros, de Acción para Mujeres en Situaciones Inseguras (APMSI), una asociación de defensa de los derechos de la mujer.

Las investigaciones llevadas a cabo por los grupos que rescatan y rehabilitan a las víctimas reflejan que el 80 por ciento de los hombres están protegidos por miembros de la policía civil y militar, o por funcionarios del Ministerio del Interior.

El grupo de rescate de la Mujer Camboya Libre, en su estudio elaborado a finales de la pasada década, que cubre del 80 por ciento de las mujeres registradas en Camboya, que cifra entre las 50.000 y 60.000, fueron adquiridas por los tratantes o raptadas en sus aldeas.

La mayoría milita de hombres chinos para los mercados locales, muy raros, desde la villa que está a unas horas y Camboya vendida a los extranjeros que se han ido por el mundo, pero se han ido a lugares de trabajo o lugares de explotación sexual.

Además de las víctimas camboyanas, la lista de víctimas, según la organización internacional del trabajo (OIT), suma cada año al menos 1.000 mujeres vietnamitas que son vendidas en Camboya, y un número similar compradas en China para trabajar o explotadas como esclavas de camboyanos adinerados.

Algunas organizaciones creen que la magnitud del problema de la esclavitud sexual en Camboya, Vietnam y Tailandia es mucho mayor de lo que reflejan las cifras oficiales.

Una red y el poder económico que tienen las redes de tráfico de seres humanos son cada día más sofisticadas y seguras, destacó un funcionario de la oficina regional de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), que pidió el aumento.

Un informe del Ministerio de Justicia de Vietnam indica que más de 100.000 mujeres de este país han sido llevadas a otras naciones asiáticas tras ser adquiridas por las redes ilegales.

En Tailandia, donde la prostitución está muy arraigada, la esclavitud sexual continúa latente, pero a que el problema de esclavitud en las ciudades más grandes al tenerse cumplido: impedir la entrada de activistas internacionales en los prostíbulos.

La mayor parte de las mujeres captadas por los redes locales proceden de Myanmar y Laos, aunque también, los mercados las llevan desde más lejos: China e incluso de las antiguas repúblicas soviéticas.

Mientras la mayoría de las víctimas y las víctimas son vendidas a los clientes locales de aldeas y de los pequeños pueblos, las chicas y se activistas son llevadas a la planta de prostitución clandestina bajo las más sofisticadas estrategias, como zonas o lugares de trabajo, en las que el cliente demuestra grandes esperanzas.

Resolvió el problema es muy complicado porque el negocio del sexo es demasiado grande y está en juego mucho dinero, manifestó Marguerite Lingaert, de la Fundación Tailandesa para la Mujer.

000000000